

Un fragmento de la Historia de Italia:

Secuestro y muerte de Aldo Moro

Miguel Bayón

Mientras Moro estaba secuestrado, apareció una portada del bisemanario humorístico «Il Male», ligado a sectores de Lotta Continua, que definía bien el hecho a la vez escueto y tremendo que acaso explique en buena medida la muerte del presidente de la DC: un joven de aspecto izquierdista aparecía fotografiado imitando las imágenes de Moro en su cautiverio, pero la bandera que tenía detrás era la cruz y el «libertas» democristiano, y el texto del grabado decía: «Treinta años. El secuestro continúa».

AYER Y HOY

Son ya treinta años de gobierno DC en Italia. El 18 de abril de 1948 obtiene De Gasperi, el hombre de los intereses americanos, el 48,5 % de los votos, y de cada cinco escaños contaba con tres. Las cifras del 16 de marzo de 1978 son las más apabullantes desde entonces en los cosos parlamentarios italianos: Andreotti lograba 545 votos favorables en la Cámara, cuando sólo hubiese precisado 316; y en el Senado, los 158 necesarios le aumentaban hasta 267. Pero entre ambas fechas ha pasado mucha y turbulenta agua. Hoy el PCI, sin contar con ministros, resulta imprescindible para gobernar, y Andreotti hace mucho que está sostenido por el engranaje de Berlinguer. Y, sin embargo, también hay semejanzas entre ambas jornadas. En 1948, sólo escasos meses después del triunfo democristiano, el secretario comunista, Togliatti, era gravemente herido en un atentado; el mismo 16 de marzo del 78, las Brigadas Rojas, secuestran a Aldo Moro, el político clave en la Italia de hoy, el hombre que parecía encarnar las palabras de De Gasperi treinta años atrás: «La DC es un partido de centro que mira a la izquierda».



Dom Luigi Sturzo, fundador del Partido Populat Italiano e inspirador de la Democracia Cristiana.

HOY como ayer, es imposible no mirar a la izquierda en Italia. Hace tres décadas, la cuestión era para las derechas de vida o muerte. La Resistencia victoriosa tenía cuerpo comunista, pero también era cierto que el ciclón infalible se llamaba dólar. No podía Washington permitir el estallido en el Mediterráneo de una nueva Grecia; cuidadosamente la derecha planificó el inexcusable triunfo en las elecciones del 48.

ESCENARIO

El análisis no por alarmista era menos acertado. Menos de un año después de la desaparición del dictador, habíanse celebrado elecciones administrativas; en mayo del 46 abdica Victor Manuel; la República queda proclamada en apretado referéndum; se elige Asamblea Constituyente y presidente provisional (De Nicola). El PCI pesa: pero las armas ya no

están en sus manos. Stalin «se retira» de la escena internacional, detrás de lo que Churchill bautizará como «cortina de hierro»: el reparto del mundo se quiere efectivo. Roosevelt había muerto, y desde Washington podía de nuevo agitarse el fantasma de comunismo = terror apocalíptico. Una guerra es lo que menos en balde pasa, y los combatientes en su inmensa mayoría querían olvidar y hacer cuenta nueva.

AJEDREZ

Si el sacerdote dom Sturzo había de representar el elemento mítico cara al electorado, la clave estaba en De Gasperi, hombre conocedor de las entretelas vaticanas y con un considerable pasado de nexos con la trama del gran capital. Pero De Gasperi, aún totalmente apoyado por los Estados Unidos, no podía en Italia hacer una campaña electoral al fulgurante y circense estilo americano: lo fundamental era quebrar las piernas del adversario bajo las faldas de la mesa. Había que quitarse de encima a los comunistas, que, sin embargo, gobernaban oficialmente Italia junto a los democristianos, tratando de no perder comba en una batalla día a día más perdida. De Gasperi se desmarca por fin, acercándose a fuerzas más a la derecha: Fanfani, Moro, son nombres que ya hacen y deshacen bajo cuerda.



La clave estaba en De Gasperi (en la foto), hombre conocedor de las entretelas vaticanas y con un considerable pasado de nexos con la trama del gran capital.



Había que quitarse de encima a los comunistas, que, sin embargo, gobernaban oficialmente Italia junto a los democristianos, tratando de no perder comba en una batalla día a día más perdida... Fanfani, Moro (ambos en la imagen), son nombres que ya hacen y deshacen bajo cuerda.

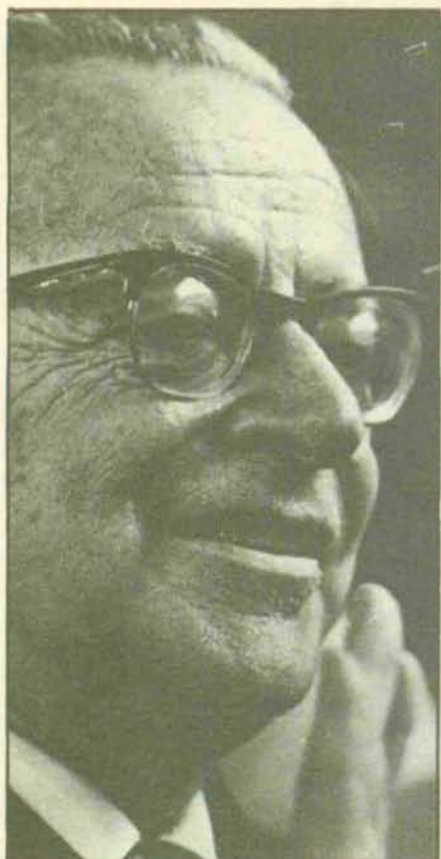
Pero, aunque las elecciones son victoriosas para la DC, la guerra anticomunista no ha terminado. Mediante la violencia estatal, logra contenerse la oleada de las masas, hartas de promesas, espectadoras impotentes de la supervivencia de restos claves del aparato fascista en las instituciones. De Gasperi maniobra a diestro y siniestro, desbrozando. El atentado a Togliatti marca el punto de fricción más alto: los motines llevan momentáneamente al poder en las calles de varias ciudades a los comunistas y partisanos radicales. Pero el PCI, tras un vistazo a eso que en eufemismo se llama «el contexto», lanza su luego ya habitual «no es el momento»; proclama: «la próxima vez lo haremos mejor». Pero lo que en realidad constituye la consigna a sus huestes es: «Volved al trabajo». Ahora sí que las armas desaparecen, pese a que de cuando en cuando siguen brotando sublevaciones campesinas en el Mezzogiorno y las islas.

Si todo esto ocurre así, es porque los cerebros democristianos han urdido previamente un aparato legal intrincado y siempre presto a cercenar las posibilidades de la izquierda. Esas circunscripciones electorales, esa constitución republicana «fuerte» son las que, treinta años después, ante la desnuda fuerza

de los hechos terroristas, revelan su enmohecimiento. Y justamente aquí desaparece Moro, el artifice. Testigo y aprendiz en los días de De Gasperi, hacía mucho que sus pasos cautelosos y exactos se habían hecho insustituibles para la DC... y no sólo para la DC. El entero Estado italiano era un laberinto a través del cual Moro realizaba cada jornada virtuosismos de «slalom». Once balas rituales le han segado, seguramente a medio escorzo, camino a varias metas simultáneas y, a la postre, unidimensionales «ad majorem gloriam DC».

LA GRAN FALACIA

Todas las voces de la clase política italiana de 1978 se han alzado para rechazar el «chantaje» de las BR e invocar la necesaria supervivencia del Estado: de hecho, era cerrar toda posibilidad de salvación para Moro. Democristianos y comunistas, pero también partidos menores, han estado de acuerdo y en todo momento han pretendido situar la realísima y utilísima entelequia llamada Estado por encima de la grosera melée de la lucha de clases. Por muy artifice de esta Italia que Moro fuera, desde el 16 de marzo era un muerto político.



El atentado a Togliatti (en la foto), marca el punto de fricción más alto: los motines llevan momentáneamente al poder en las calles de varias ciudades a los comunistas y partisanos radicales. Pero el PCI, tras un vistazo a eso que en eufemismo se llama «el contexto», lanza su ya habitual «no es el momento».

Vivo físicamente, en libertad humillante para todos, quizá Moro hubiese soltado más de una bomba procedente simplemente de su memoria personal: la ceguera litúrgica de las BR y el «silencio administrativo» de los dirigentes del sistema han impedido asistir a tal catarsis. Ni siquiera la extrema izquierda ha sabido más que hablar: postura política práctica, ninguna. El Estado, gran Leviatán, sale aparentemente incólume y fortalecido de la prueba. Sin embargo, la lucha de clases interna y en el contexto internacional está ahí, y no hay falacia que la borre: el Estado italiano es expresión de la dominación de unos intereses ligados a los imperiales y, si de puertas adentro no hay alternativa en su contra, no menos cierto resulta que —desde mucho, muchísimo antes del siniestro caso Moro— los pies los tiene de barro. Italia, como todo hijo de vecino, baila al son que le tocan desde los centros secretos, obvios del sistema capitalista. Liturgias de la desesperación o de la resignación o del acatamiento, tanto da. Moro, uno de los grandes protagonistas de la epopeya de la derecha inteligente en Europa, resulta que en el fondo era un lacayo, y su muerte un incidente: pero



Testigo y aprendiz en los días de De Gasperi, sus pasos cautelosos y exactos se hicieron insustituibles para la DC... y no sólo para la DC. El entero Estado italiano era un laberinto a través del cual Moro (en la foto, con Zaccagnini) realizaba cada jornada virtuosismos de «slalom»...

sus matadores, los que apretaron el gatillo y los que dejaron hacer, ¿son acaso mucho más?

QUIEN FUE ALDO MORO

Elegante hasta decir basta, intransigente paladín de la impolitez de presencia y modales, dicen que su peor insulto era llamar a alguien «maleducato». De él siempre se dijeron muchas cosas, quizá para suplir a las que él no decía. Si los personajes clave son siempre opacos, Moro, era, en cuanto a sus hábitos comunicativos, la antiitalia. Ahora bien: si se le juzga exclusivamente bajo el prisma político, resulta claro que en la historia de su país existen parangones. Virtuoso de la maniobra pasillil, supo irse constituyendo en el absoluto fiel de la balanza. Se le ha comparado con De

institución no era otro que Montini, el futuro Pablo VI. En ambos cargos, el joven Moro será sucedido por otro alevín al que volveremos a encontrar en esta historia: Andreotti. Los dos lograrán encabezar la tendencia llamada «laica» de la DC (partido en el que, por cierto, en un principio estuvo a punto de negarse el ingreso, por «excesivamente apolítico», al joven Moro), en contraposición con la dirigida por Amintore Fanfani, mucho más respetuosa con las menores directrices eclesiásticas.

ASCENSION

Del año 48 al 50, Moro desempeña funciones de subsecretario de Asuntos Exteriores. Es el comienzo de la hegemonía DC. Moro trabaja ya más entre bastidores que a la luz pública. Quizá por ello no se encontraba en la Cámara



Por muy artifice de esta Italia que Moro fuera, desde el 16 de marzo era un muerto político. Vivo físicamente, en libertad humillante para todos, quizá Moro hubiese soltado más de una bomba procedente simplemente de su memoria personal: la ceguera de las BR y «el silencio administrativo» de los dirigentes del sistema han impedido asistir a tal catarsis. (Moro, en compañía del líder comunista Berlinguer y el Secretario del partido Cristiano Democrático, Zaccagnini).

Gasperi, y en cuanto a peso específico no hay duda de que la comparación no yerra. Su íntima biografía, tanto política como humana, permanecerá impenetrable; pero, para algunos estudiosos de su figura, como Aniello Coppola, Moro fue «un personaje 'totus politicus', que merece un análisis enteramente político».

MOCEDADES

Nacido en 1916, hijo de un funcionario del ministerio de Educación, pronto se reveló como el primero de la clase, concienzudo, calculador, poco inclinado al exceso y a la imaginación rutilante. Vivía entonces en Bari, que andando el tiempo le sería fiel políticamente.

En 1939, le encontramos como presidente nacional de la **Federación Universitaria Católica**. A partir de ahí, presidirá el Grupo Católico de Enseñanza Superior. El tesorero de dicha

cuando fue ratificado el Pacto Atlántico: ausencia nunca explicada convincentemente. Las virtudes de Moro son patentes para los catadores de «purasangres» como Togliatti: «Moro pesará mucho en la vida italiana de los próximos años; es uno de los profesores que yo quisiera tener en mi partido».

En el 53 es nombrado presidente del grupo parlamentario democristiano en la Cámara. De ahí ascenderá, en 1955, a ministro de Justicia. Otros dos años, y le encontramos con la cartera de Educación. Dos años más, y es ya secretario general de la DC: son tiempos en que pintan bastos para el menos dúctil Fanfani, y Moro aparece como el más indicado candidato de transición.

Pero la transición se revelará menos transitoria de lo esperado. **Moviendo habilísimamente** las piezas, Moro logra ver plasmada, a partir de 1963, su teoría de que la DC necesita am-



Su máximo rival, siempre, no obstante, contenido merced a la habilidad de Moro, sigue siendo Fanfani (en la imagen), que ante la realidad consumada del «centro-izquierda» trata de que tal política se entienda más bien como sostén de la DC.

pliar su base social, es decir, comienza en la práctica la era del centro-izquierda, durante tres gabinetes consecutivos. Será un proceso que, dada la estructura italiana, resultará ya irreversible. Proceso que Moro, catalogado como hombre tan seguro como lento en sus maniobras, acertará a ver más claro que nadie, y así podrá capear el temporal del 68.

Del 69 al 72, es ministro de Asuntos Exteriores (entre otras personalidades, se codeará con el austriaco Waldheim, a propósito de las conversaciones sobre el Alto Adigio).

CENTRO - SINISTRA

De 1974 a 1976, presidirá el Consejo de Ministros. Su máximo rival, siempre, no obstante, contenido merced a la habilidad de Moro, sigue siendo Fanfani, que ante la realidad consumada del «centro-izquierda» trata de que tal política se entienda más bien como sostén a la DC; Moro, en cambio, preconiza la adopción de programas comunes con la izquierda en base a concesiones mutuas: de ahí que estreche los lazos con los socialistas de Nenni y los socialdemócratas de Saragat: la sombra inevitable del PCI permanece, no obstante, tras la puerta, y Moro es el primero en no ignorarlo nunca. En todo instante, intensifica la presentación del «centrosinistra» como alternativa a la «política de la tensión».

Moro no sólo mira adelante, sino sobre todo a los lados. Así, logra apartarse discretamente cuando la controversia del divorcio inflama Italia, con el excelente resultado de ver quemarse en esa prueba a Fanfani. La DC retrocede administrativamente ante el PCI en 1975, y el 76 es año claro: los comunistas son ya interlocutor ineludible.

ULTIMO ACTOR

El nombramiento de Moro como presidente del partido democristiano no le sitúa

precisamente en el limbo de los cargos honoríficos; la tradición se rompe con él, pues aparece ubicuamente en todas las trastiendas. Sin jamás dejarse ver como convicto y confeso de su propia línea, la lleva, sin embargo, a rajatabla, en la sombra. Resultados palpables: Zaccagnini, su siempre fiel, secretario general de la DC; Andreotti, su habitual sucesor, presidiendo el gobierno.

Sólo le quedaba ser presidente de la República, y a ello iba. Desde la barrera pudo asistir en sus últimos meses a la explosión de cien escándalos que implicaban al Gabinete Andreotti y, de lleno, como el de la Lockheed, al actual Presidente de la República Italiana: Leone. El PCI sostenía el podrido armazón. Moro era el imprescindible para todos. ¿Imprescindible? En política, bien se ha visto, las palabras son relativas. En su muerte, para no variar, redobla el silencio de altas esferas ligadas con el Ministerio del Interior: un minis-



Moro, preconiza la adopción de programas comunes con la izquierda, en base a concesiones mutuas: de ahí que estreche lazos con los socialistas de Nenni (en la foto de la izquierda), y los socialdemócratas de Saragat (derecha).

terio que siempre ha estado en manos democristianas: todo un símbolo del país.

APUNTES SOBRE LAS BRIGADAS ROJAS

Año 66. Escenario: facultad de sociología de Trento. Protagonistas: un grupo de ex-seminaristas, encabezados por Renato Curcio, veinticinco años, antiguo simpatizante neofascista, decantado ahora hacia un marxismo —un stalinismo, mejor— esquemático y maniqueo.

1969. Las contradicciones parecen explosivas en Italia. El grupo que comanda Curcio, denominado Brigadas Rojas, se escinde ante la alternativa de la acción armada. La línea oficial hablará de construir una «vanguardia proletaria armada»; es la de Curcio, casado a la sazón con Mara Cagol, que le obligó a una boda de blanco y como Dios manda.

1970. Las BR realizan atentados contra industrias, ocasionando diversos incendios durante ese año y el siguiente. No se sabe muy bien si son del todo partidarios de la ilegalidad.

1972. Llevan a cabo el primer secuestro. Hablan ya de «juicio ante el tribunal del pueblo» y de «castigar a uno para educar a cien».

1974. Secuestran al juez fascista Rossi, y le retienen más de un mes. Se les infiltra un mítico personaje, ex-combatiente, según dice, en la guerrilla sudamericana: Silvano Girotto, cura, que será bautizado como «Fray Metralleta»; confidente policial, les delatará, y caerán Curcio, Frasceschini y toda la plana mayor.



En febrero de 1975, Mara, al frente de un comando, les libera. A comienzos de verano, Mara morirá en un tiroteo con la policía.

En enero de 1976, volverá a ser detenido Curcio y decapitada la dirección de las BR.

Pero de la existencia de una nueva generación en la organización, y presumiblemente nada subordinada al, para ellos, ya blando Curcio, da testimonio el que, en junio, matan al fiscal general de Génova.

Desde entonces no han parado. Desde entonces, sobre ellos se ha dicho todo, pero nada efectivo se ha hecho en contra, ni tampoco han aparecido las masas revolucionarias que ellos apelaban en su seguimiento.

CRONOLOGIA

16 marzo: secuestro de Aldo Moro.

18: primer comunicado BR y primera foto de Moro preso.

20: reanudación del proceso de Turín.

21: nuevas leyes contra el terrorismo.

30: primera declaración oficial DC de absoluto rechazo a la «extorsión».

2 abril: redada policial, con detención de presuntos simpatizantes BR.

7: se reanudan los atentados BR. Continuarán sin tregua hasta la muerte de Moro.

15: las BR condenan a muerte a Moro.

18: falso comunicado que anuncia la muerte del secuestrado; inmenso despliegue policial por la zona indicada; es descubierto un escondrijo romano de las BR, donde se encuentran documentos oficiales cuya procedencia resulta inquietante.

20: nuevas fotos de Moro vivo. Ultimátum de dos días.

21: llamamiento de la familia Moro al gobierno.

22: llamamiento del Papa.

24: las BR proponen el cambio de Moro por trece izquierdistas presos, la mayor parte BR y NAP. El Gobierno responde con la negativa.

25: llamamiento de Waldheim.

29: dramática carta de Moro acusando a sus correligionarios. Lluvia de cartas similares sobre los políticos más señalados.

3 mayo: rechazado el plan «humanitario» de Craxi, que proponía «un gesto de clemencia» aunque rechazaba la negociación directa con las BR.

5: negativa oficial; las BR hablan de que completan la «batalla», «ejecutando la sentencia». El gerundio es la última esperanza. Pero la suerte está echada.



Solo le quedaba, a Moro, ser Presidente de la República, y a ello iba. Desde la barrera pudo asistir en sus últimos meses a la explosión de cien escándalos que implicaban al Gabinete Andreotti (imagen de la izquierda), y, de lleno, como el de la Lockheed, al presidente de la República Italiana: Leone (a la derecha, que acaba de dimitir).

ANTOLOGIA DE LOS DIAS CULMINANTES

La Malfa, secretario general del Partido Republicano, 19 de abril: «He llamado a mis dos hijos y les he dicho: si me raptan, no hagáis ningún caso de las cartas que pudiese escribir; no vendrían de mí».

Bufalini, Partido Comunista, 19 de abril: «Moro es un demócrata sincero y un eminente hombre de estado. La inhumana ferocidad de esta oscura secta de asesinos está presente en nuestro ánimo; y debemos preocuparnos aún para enfrentar lo peor. Se necesitan excepcionales movilizaciones de las fuerzas populares y democráticas y una adecuada respuesta de los órganos del gobierno y del Estado».

Leonardo Sciascia, escritor, 19 de abril: «Reanudando en nuestro país la pena de muerte, las BR no sólo se han colocado fuera de la legitimidad o legalidad revolucionarias que locamente dicen representar, sino que han convertido en más difícil y angustiosa la defensa de la libertad para todos los que la defienden. La abolición de la pena de muerte fue un hecho revolucionario en Italia, y yo esperaba que más allá de la piedad las BR se acordasen al menos de sus proclamas revolucionarias. No ha sido así. Se abre para todos nosotros un duro porvenir. Pero, para ellos, es el principio del fin».

Serge July, Libération, 19 de abril: «Mitología vertiginosa de la guerra civil, que hace a este Estado embrionario (el de las BR) a fin de cuentas más opresivo que el que dice comba-

tir. (...) Quienes dirigen hoy este pequeño Estado totalitario acaban por parecerse, pese a la revuelta que les ha llevado a tomar ese mando, a todos los dirigentes que imponen, por la fuerza, su concepción del mundo al conjunto de un país: dan miedo».

D'Alema, PCI, 19 de abril: «Se precisaría afrontar la situación excepcional con un cierto tipo de gobierno. Pero lo importante es que la DC se mantenga».

Indro Montanelli, periodista derechista, en «New York Times», 21 de abril: «Yo mismo he recibido en mi cuerpo cuatro balas de las BR. Pero prefiero las BR a un régimen comunista, que inevitablemente las transformaría en su policía secreta».

Pablo VI, 22 de abril: «Hombres de las BR, os lo pido de rodillas: liberad a Moro, simplemente, sin condiciones».

Trombadori, PCI, 24 de abril, «Washington Post»: «La ilusión romántica de guevarismo ha acarreado graves daños al movimiento revolucionario internacional y aún no ha sido sometida a un análisis crítico adecuado. Si de mí hubiese dependido, habría dado una medalla a Guevara por heroísmo y, simultáneamente, le hubiera condenado a muerte por indisciplina».

Aldo Moro, carta a Zaccagnini, 25 de abril: «Zaccagnini, has sido elegido por el Congreso. Nadie te puede dar órdenes. Tu palabra es decisiva. No seas indeciso, temeroso, aquiescente. Sé valiente y puro como en tu juventud. Y, dicho esto, repito que no acepto la inicua e ingrata sentencia de la DC. Repito: no absolveré ni justificaré a nadie. Ninguna razón polí-

tica o moral me obligarán a ello (...). No crea la DC haber clausurado el problema, liquidando a Moro. Yo permaneceré como irreductible punto de protesta y alternativa, para impedir que desde la DC se haga lo que hoy se está haciendo. Por este motivo, por una evidente incompatibilidad, pido que en mis funerales no participen ni autoridades estatales ni hombres de partido».

Coordinadora del «Movimiento», izquierda «extraparlamentaria», con la adhesión final de Lotta Continua, 25 de abril: «Hay que combatir contra la ferocidad del régimen y de las BR, dos aparatos distintos, pero lo bastante iguales a la hora de querer destruir cualquier posibilidad de autoorganización de las masas».

Waldheim, 25 de abril: «Miembros de las BR, con vuestros comunicados habéis atraído la atención del mundo entero. Pero deberíais reconocer que, reteniendo a Moro, sólo podréis perjudicar a vuestros objetivos».

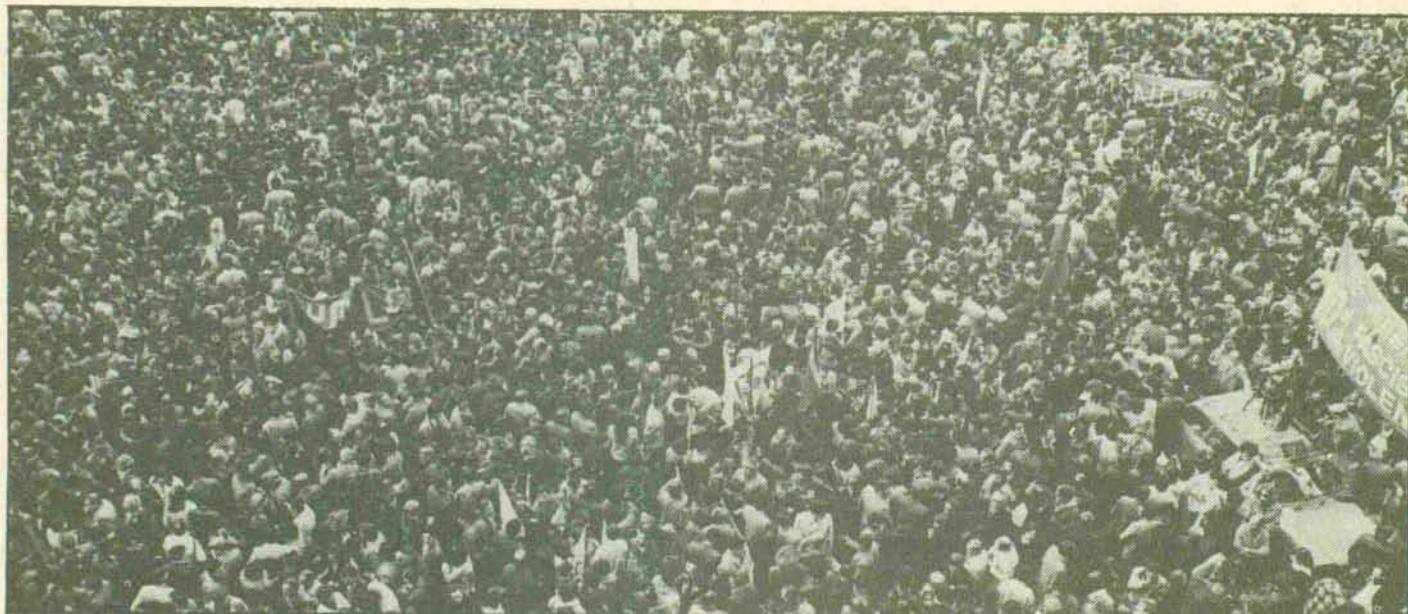
Guiso, abogado de los BR juzgados en Turín, 27 de abril: «La vida es mucho más importante que la liberación de trece personas. No



El PCI sostenía el podrido armazón. Moro era el imprescindible para todos. ¿Imprescindible? En política, bien se ha visto, las palabras son relativas... (Enrico Berlinguer, Secretario del PCI, al fondo, sobre la pared, un retrato de Gramsci).



«Usted, señor juez, vive fuera de la Historia (...) (La muerte de Moro es) un acto de justicia revolucionaria, el acto más humano posible en una sociedad dividida en clases» (Palabras de Renato Curzio —en la foto— ante el tribunal de Turín, el 11 de mayo).



«No crea la DC haber clausurado el problema, liquidando a Moro. Yo permaneceré como irreductible punto de protesta y alternativa...» (carta de Moro a Zaccagnini, el 25 de abril, en la imagen, manifestación, en la plaza de La Señoría de Florencia, ante el secuestro de Moro).

se resuelve técnicamente el problema; la clave es política; el destinatario de tales propuestas sabe perfectísimamente cómo resolver la cuestión. Es inútil hacer hipótesis. El problema es del gobierno, y el gobierno puede resolverlo mediante los poderes que la Constitución le confiere. Además, después de treinta años, la DC confunde el Estado con el partido».

Un obispo romano, inidentificado, 28 de abril: «De cualquier manera, en un asunto espinoso como éste, resulta bueno que cada uno siga la propia opinión. Nosotros, en la Iglesia, tenemos una regla de oro: 'In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas'».

Voces en una asamblea en la Fiat de Turín, 28 de abril: «Estas instituciones no merecen nuestro apoyo». «En treinta años, hemos sufrido el terrorismo en las fábricas bajo los jefes fascistas, con las pensiones que son esperadas meses y meses, con la emigración salvaje». «Yo no condeno a las BR ni a nadie. Estoy contra el terrorismo, pero es preciso hacer reformas rápido». «El proceso de Turín debe seguir, pero también el de Catanzaro, el de la Lockheed y tantos otros».

Empresarios y ejecutivos, Génova, primera semana de mayo: «Me siento en peligro, sobre todo, por la mañana, cuando salgo de casa, y por la tarde, cuando vuelvo». «Espero que a mí no me pase nada, pero a mi familia ya la he mandado al extranjero». «Incluso el hampa se ha parado, ya no hay robos ni atracos». «Es una ruleta rusa, de cualquier forma los objetivos de los brigadistas son tan numerosos que es difícil creer que será uno mismo el destinado a un atentado».

Franca Rame, 2 de mayo. Compañera de Da-

rio Fò, actriz, luchadora por los derechos humanos, había visitado días antes en la prisión a los BR de Turín: «Fui allí por tres motivos. Uno, porque toda la izquierda está contra la pena de muerte, y contra la pena de muerte de Aldo Moro. Dos, porque esa acción pesaría sobre todo el movimiento. Tres, porque esa acción agravaría aún más las condiciones de los que están en la cárcel. Estas cosas se las he dicho a mis interlocutores. Mi impresión es que son «enterrados vivos», pero me parecía importante hablar con ellos, decirles lo que piensa la izquierda que está fuera».

Craxi, secretario general del Partido Socialista, 3 de mayo: «Las Brigadas seguirán desapareciendo, tanto si Moro es liberado como si es asesinado. La lógica de los atentados diarios es evidente. Para las BR, la guerra continúa y el secuestro de Moro es sólo un episodio (...). Nuestra postura sobre el caso Moro es clarísima. Primero: la vía directa para resolver el drama sería una victoria sobre el terreno. Pero no tenemos noticias de que ello pueda suceder. Segundo: si esto es cierto, resulta erróneo pensar que el caso Moro pueda tener una solución sin precio que pagar. Se trata de ver cuál es el precio posible para un Estado democrático (...). ¿De qué se puede deducir que un Estado vaya a la catástrofe si, de vez en cuando, un inocente logra sobrevivir y, en compensación, otra persona, en vez de ir a prisión, va al exilio?».

Panfleto-firma de un atraco cualquiera, no reivindicado, 3 de mayo: «Estamos firmísimos. Contra el capital, lucha criminal. Ya es hora de estar contra la convivencia civil, decretando el final de la tranquilidad».

El 4 de mayo se condenaba a penas simbólicas

y levisimas en Bolonia a militantes de la fascista «Ordine Nero», acusados de actos de terrorismo en el 74. Algunas opiniones: «En el 74, según esta sentencia, no pasó nada. Dentro de poco dirán que la estrategia de la tensión la inventó la izquierda. Es este aspecto, la reconstrucción del partido fascista, parece un jueguito político. 'Ordine Nero' no existe para los jueces como organización subversiva» (Umberto Guerini, abogado socialista). «Me avergüenzo de ser italiano» (Giorgio Fazioli, pensionario, víctima en su vivienda del atentado principal). «Pero no hay que asombrarse. Era sabido desde siempre que la cosa terminaría así» (Roberto Rattifi, obrero).

Macaluso, PCI, 4 de mayo: «No es difícil una lista de nombres poderosos, intocables desde siempre, que maniobran el esquema terrorista».

Macaluso, 5 de mayo: «No quisiera dar nombres, porque además todos los conocen. Lo único que yo quería era proponer un discurso político, no hacer una investigación policíaca».

BR, comunicado, 6 de mayo: «El Estado de las multinacionales ha revelado su verdadera faz, sin la máscara grotesca de la democracia formal; es la de la contrarrevolución imperialista armada, del terrorismo de mercenarios uniformados, del genocidio político contra las fuerzas comunistas. Pero todo eso no engaña a nadie. La ferocidad, la violencia sanguinaria que el régimen desencadena contra el proletariado y sus vanguardias, sólo son las convulsiones de una loba herida de muerte».

Autonomía Operaria, 6 de mayo: «El esquema de los partidos de Estado es lograr un epílogo en el cual el cadáver de Moro represente un cuerpo místico, en torno al cual componer de nuevo el cuadro político y una nueva legitimación del Estado. La ejecución de Moro acentuaría enormemente los errores de las BR, es decir el tomar decisiones sólo a partir de sí mismas, sin medir la experiencia de lucha madurada en el movimiento de masas».

La Malfa, secretario general Partido Republicano, 6 de mayo: «El partido al que hemos llamado a colaborar en el intento de salvar al país, el PCI, ha respondido a la apelación de defender al Estado con nuestra misma firmeza. Esto da fuerzas a todos».

Unión Monárquica Italiana, 9 de mayo: «Es el momento de cambiar de régimen. La hora de la monarquía ha sonado».

MSI, fascista, 9 de mayo: «Pagamos hoy años de alianza contra natura, de entreguismo».

Jean-Pierre Le Dantec, antiguo director de «La Cause du Peuple», 11 de mayo, «Le Monde»: «Esperaba, si no un arranque de humanidad, al menos un relámpago de inteligencia política por parte de estas BR, tan hábiles en revolver los naipes mediante comunicados ambiguos, tan hábiles en preparar efectos dramáticos».

Renato Curcio ante el tribunal de Turín, 11 de mayo: «Usted, señor juez, vive fuera de la Historia (...) (La muerte de Moro es) un acto de justicia revolucionaria, el acto más humano posible en una sociedad dividida en clases».



Once balas rituales le han segado, seguramente a medio escorzo, camino a varias metas simultáneas y, a la postre, unidimensionales «ad majorem gloriam DC»... (descubrimiento del cadáver de Aldo Moro, en una calle de Roma).